

CONGREGACIÓN DE LOS
ROGACIONISTAS DEL CORAZÓN DE JESÚS

*«Reaviva el don de Dios» (2 Tim 1,6).
Los votos religiosos en la vida
de los Rogacionistas*

Carta del Padre General
P. Bruno Rampazzo, RCJ

ROMA 2026

Presentación

Queridos hermanos,

con el corazón lleno de gratitud y agradecimiento al Señor hemos dado inicio a las celebraciones del centenario del nacimiento al cielo de nuestro Fundador, San Aníbal María Di Francia.

Este aniversario es una ocasión importante para «reavivar el don de Dios» (cf. 2 Tim 1,6) que se nos ha concedido, dirigiendo nuestra mirada a Cristo, quien nos ha llamado a seguirle y a compartir su vida. Haciendo nuestro el mensaje que el padre Aníbal nos transmitió en la Quinta Declaración, reconocemos que «la esencia de la vida religiosa consiste en la pobreza, la obediencia y la castidad».

En los últimos Capítulos Generales de la Congregación se ha señalado en repetidas ocasiones la escasa atención que se presta a estos dones de los votos, que caracterizaron la vida de Cristo, nos han sido entregados como consejos evangélicos y que deben inspirar nuestra vida consagrada rogacionista.

Ahora, al acercarnos a la fecha del 6 de agosto, Transfiguración del Señor, primer centenario de la aprobación canónica de la Congregación de los Rogacionistas y de las Hijas del Divino Celo (1926-2026), y haciendo eco del sentir de los hermanos, deseo compartir con vosotros una breve reflexión sobre los votos religiosos, «perlas preciosísimas y gracias muy especiales», como solía afirmar San Aníbal.

1.

EN LA RAÍZ DE LA DEMANDA DE ESPIRITUALIDAD

Una renovada necesidad de espiritualidad

En los últimos años se percibe desde múltiples ámbitos una renovada necesidad de espiritualidad. Esta necesidad no proviene sólo de los círculos religiosos, de las instituciones eclesásticas y de las comunidades de base, sino que surge sobre todo en el mundo laico, brota del corazón de muchas personas que buscan respuestas auténticas a los retos globales, cada vez más amenazados por las injusticias, las discriminaciones, la violencia de género y los procesos de marginación. Hay mucho en juego. De Oriente a Occidente, del sur al norte del mundo, se percibe el deseo urgente de interpretar el sentido de la vida en el horizonte de lo «Totalmente Otro».

Al reflexionar sobre la necesidad de poner en práctica la «nueva evangelización», el papa León XIV señala cómo hoy surge una «fuerte demanda de espiritualidad», sobre todo por parte de los jóvenes. La nueva generación no tiene prejuicios hacia el Evangelio; al contrario, muchos, cuando lo redescubren, desean conocerlo mejor, porque perciben que en él se esconde el secreto para ser verdaderamente felices. En la reciente carta encíclica *Magnifica Humanitas*, el papa León nos invita a reflexionar sobre las consecuencias del «paradigma tecnocrático» y

sobre el papel del «poder digital», que debe regirse con miras a la humanización y al respeto de la dignidad y la libertad de cada persona humana. Nos sumamos a esta línea para acoger la exhortación del papa León a llevar a cabo un necesario discernimiento espiritual.¹

Volver a empezar desde la identidad carismática

Para nosotros, el discernimiento espiritual implica una profundización en la identidad carismática que constituye el ser discípulos de Jesús en el camino trazado por San Aníbal M. Di Francia. Mientras nos preparamos para vivir el centenario de la muerte de San Aníbal (1927-2027), acogemos la invitación a vivir un auténtico discernimiento a la luz de la fecunda historia de la «familia del *Rogate*».² El discernimiento espiritual consiste en dar un nuevo sentido al valor generativo del carisma del *Rogate* a la luz de los cambios que se han producido en el tiempo presente, sabiendo captar los signos del proyecto de Dios, la Providencia divina, que se manifiesta en la historia y, en particular, en nuestra familia religiosa.³ Estamos convencidos de que la fecundidad de la vida bautismal y del camino espiritual de la familia del *Rogate* se fundamenta en la asunción, cada vez más convencida y cualificada, de nuestra identidad carismática y de su progresiva encarnación en el tejido eclesial y social del pueblo de Dios.

El don de los votos de la vida religiosa

Teniendo presente la exigencia del discernimiento espiritual y la consiguiente necesidad de renovación de la vida consagrada,⁴ queremos focalizar nuestra atención en el don de los votos religiosos,⁵ que marcan la voluntad común de santificación al estilo del Evangelio. Este estilo ha sido interiorizado y vivido de manera extraordinaria por nuestro fundador y por todos aquellos, hombres y mujeres, que han respondido con generosidad a la llamada del carisma rogacionista desde los orígenes de nuestra familia religiosa. Estamos convencidos de la necesidad de profundizar en el valor y la calidad de los votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia,⁶ a los que se suma el cuarto voto de la oración del *Rogate*. Esta profundización cualitativa debe contextualizarse en el camino que estamos

¹ Cf. LEÓN XIV, *Magnifica Humanitas*, Ciudad del Vaticano 2026, nn. 92-93.

² Cf. B. RAMPAZZO, *Hacia el Jubileo en oración con el padre Annibale*. Carta circular del P. Bruno Rampazzo a la Familia del Rogate, Roma 2024.

³ Cf. CONGREGACIÓN DE LOS ROGACIONISTAS DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Constituciones*, Roma 2010, art. 9.

⁴ Cf. A. PIGNA, *Vida consagrada*, en *Diccionario de Pastoral Vocacional*, a cargo del Centro Internacional Vocacional Rogate, Editorial Rogate, Roma 2002, 1269-1283.

⁵ Cf. A. PIGNA, *Voto*, en *Diccionario enciclopédico de espiritualidad*, a cargo de E. ANCILLI, vol. III, Città Nuova, Roma 1995, 2689-2693; S. MAJORANO, *Votos*, en *Nuevo Diccionario de Teología Moral*, a cargo de F. COMPAGNONI, G. PIANA y S. PRIVITERA, San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 1999⁴, 1520-1526. Para un análisis bíblico más detallado, cf. R. CAVEDO, *Voto*, en *Diccionario bíblico de la vocación*, ed. por G. DE VIRGILIO, Centro Internacional Vocacional Rogate, Roma 2007, 1009-1011.

⁶ Cf. G. FIRSZT, «Pobreza, obediencia, castidad: sobre la formación en la tríada clásica de los consejos evangélicos en la actualidad», en *Itinera Spiritualia* 1 (2008), 113-134.

recorriendo hacia el jubileo de San Aníbal de 2027 y nos impulsa a encarnar cada vez mejor el estilo evangélico de la vida consagrada, para que se fortalezca en plenitud y pueda seguir siendo un testimonio creíble de la alegría de estar unidos al Padre, en Jesucristo por medio del Espíritu Santo.

La memoria viva de los votos en la vida consagrada

Cabe recordar que «los votos religiosos son un compromiso solemne y perpetuo de vivir de manera integral los consejos evangélicos, la respuesta de la criatura a la invitación de Dios, que llama a una vida especialmente comprometida con la imitación integral de Cristo».⁷ Al acoger la práctica de los consejos evangélicos, cada uno de nosotros se ha comprometido a vivir los votos de la vida consagrada con un corazón indiviso, en el seno de una comunidad religiosa concreta, abierto a la comunión eclesial en un estilo de fraternidad familiar y de servicio recíproco. Como recuerda el apóstol Pablo a Timoteo, también nosotros nos sentimos interpelados por la invitación a «reavivar el carisma de Dios» que hemos recibido (cf. 2 Tim 1,6) y a hacerlo fructificar por el bien de la Iglesia y de la familia del Rogate. El recuerdo del don recibido debe volverse cada vez más vivo, concreto y dinámico. Partiendo de la confirmación de nuestro compromiso constante y cotidiano, profundicemos en el valor de la libre elección de acoger y encarnar los consejos evangélicos⁸ siguiendo el camino trazado por San Aníbal.

2.

LOS VOTOS RELIGIOSOS EN EL SEGUIMIENTO DE JESUCRISTO

Fijando la mirada en Jesucristo

Es fundamental saber situar la reflexión sobre la naturaleza de los votos en la vida consagrada fijando la mirada en la persona de Jesucristo. Es a Él a quien queremos seguir y en Él queremos confirmar la vocación a la que hemos sido llamados. El camino interior de asimilación a la persona de Jesús implica un compromiso interior constante. Esa dedicación es aún más necesaria para quienes viven el carisma del *Rogate* y se comprometen a implorar al Padre celestial «para que envíe trabajadores a su mies» (Mt 9,37). Precisamente porque nuestra identidad de bautizados y consagrados se fundamenta de manera vital en el seguimiento de Jesús, nuestro modelo sigue siendo su persona, auténticamente humana y esencialmente divina. En los relatos evangélicos y en los testimonios neotestamentarios posteriores,

⁷ Cf. PIGNA, *Voto*, 2690-2691.

⁸ Cf. A. LATTUADA, *Consejos evangélicos*, en *Nuevo Diccionario de Teología Moral*, 137-145; A. PIGNA, *Consejos*, en *Diccionario enciclopédico de espiritualidad*, vol. I, 610-614.

a Jesús de Nazaret se le designa con diversos títulos cristológicos.⁹ Nuestra atención se centra en cuatro calificativos que se relacionan con cuatro votos: a) Jesús «esposo», ejemplo de castidad; b) Jesús «pobre», ejemplo de esencialidad; c) Jesús «obediente», ejemplo de plena conformidad con la voluntad del Padre; d) Jesús «maestro» de la oración del *Rogate*.

Primer voto: Jesús «esposo», ejemplo de castidad

«Ofreced vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios» (Rom 12,1). En la lógica de la entrega total, estamos llamados a vivir la castidad como respuesta a la llamada del Señor. La virginidad por el reino de los cielos constituye un signo precioso que indica la primacía de la comunión nupcial con Dios. Es un signo fecundo de la «vida futura», atestiguado en el presente de nuestra historia. El don de la «castidad» para el reino de los cielos está profundamente arraigado en la tradición cristiana y en la práctica de la vida consagrada.¹⁰ Desde el punto de vista bíblico, la castidad¹¹ abarca la esfera de la persona, que tiene como centro la dimensión afectiva y volitiva del «corazón».

Profundización bíblica

En la revelación bíblica, el término «corazón» (hebr.: *leb*; gr.: *kardía*) está vinculado a diversas imágenes y figuras que aluden a la conciencia íntima del hombre, a la sede profunda de su misteriosa identidad, en la que capta la exigencia de su propio ser y de su verdad proyectual. El «corazón» no significa directamente «amor», sino el centro de la persona, que en Cristo es todo amor. Estrechamente relacionado con la categoría del «corazón» está el motivo de la «nupcialidad», que se simboliza mediante la relación entre el esposo y la esposa y a través de los símbolos que constituyen la relación de amor. La imagen nupcial se utiliza tanto desde la perspectiva antropológica como desde la teológica, sobre todo para hablar de la fidelidad a la alianza. El amor fiel de *Yhwh* es el amor de un «esposo» por su «esposa». Es el propio Dios quien se define a sí mismo como «esposo» (cf. Is 54,5) para expresar simbólicamente su amor hacia todas las criaturas y, en particular, hacia el pueblo elegido. Además de la conmovedora historia expresada en el *Cantar de los Cantares*, dedicada a la epopeya del amor como símbolo teológico de la relación entre *Yhwh* y el pueblo, la imagen nupcial está presente en la Biblia en otros pasajes importantes, en contextos y con protagonistas diversos, especialmente en los libros proféticos. El protagonista más conocido es el profeta Oseas y su experiencia matrimonial (cf. Os 1-

⁹ Para profundizar en el tema desde una perspectiva vocacional, cf. R. FABRIS, «Jesucristo», en *Diccionario bíblico de la vocación*, 359-365.

¹⁰ Cf. A. MARCHETTI – M. CAPRIOLI, *Castidad*, en *Diccionario Enciclopédico de Espiritualidad*, vol. I, 467-474; S. MAJORANO, *Virginidad consagrada*, en *Nuevo Diccionario de Teología Moral*, 1427-1435; R. CANTALAMESSA, *Virginidad*, Ancora, Milán 2014. Para el contexto rogacionista, cf. CONGREGACIÓN DE LOS ROGACIONISTAS DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Constituciones*, art. 31-36.

¹¹ Cf. D. MARZOTTO, *Castidad-virginidad*, en *Diccionario bíblico de la vocación*, 106-117.

3), de la que se desprende la profunda simbología nupcial aplicada al juicio profético sobre la infidelidad del pueblo a la alianza con Dios. La historia de amor sufrida del profeta revela el plan de salvación de Dios, que culmina con el amor que salva a su pueblo de la infidelidad: «Curaré su deslealtad, los amaré generosamente, porque mi ira se apartó de ellos» (Os 14,5). La simbología nupcial relacionada con el tema del corazón está presente en Jeremías (Jer 31,31-34) y Ezequiel (Ez 36,24-28), con rasgos similares a los del profeta Oseas. En continuidad con el motivo nupcial del Antiguo Testamento, la metáfora de la unión nupcial se aplica a la reflexión cristológica y eclesiológica del Nuevo Testamento. El binomio «esposo/esposa» (hebr.: *kallāh*; gr.: *nymphē-nymphios*) aparece en el Nuevo Testamento casi exclusivamente en sentido figurado. En los evangelios sinópticos encontramos el uso nupcial en Mt 9,15 (paralelo: Mc 2,19-20; Lc 5,33-35), donde es el propio Jesús quien se define a sí mismo como «esposo», parafraseando su venida salvífica a la historia con la imagen de una fiesta nupcial. La dimensión nupcial se pone de manifiesto en la parábola escatológica de las diez vírgenes (Mt 25, 1-13), lo que confirma que el valor de la virginidad se proyecta en el misterio eterno de Dios, plenitud de amor.

Aplicación espiritual

Vivir con un corazón casto la condición de virginidad significa seguir a Jesucristo, el «esposo», dejarse guiar por sus sentimientos, hacer que en nuestra vida se refleje la dinámica de un corazón libre y capaz de abrirse a todos. Con este estilo estamos llamados a dar testimonio de la alegría del don de nosotros mismos en las relaciones con Dios y con el prójimo. Quien sigue a Cristo, el Esposo, ama con todo su ser y decide servir a los demás con un corazón indiviso. En esta condición existencial se reafirma la importancia de hacerse «eunucos por el reino de los cielos» (Mt 19,12) y la belleza de la castidad, no considerada como una mera renuncia, sino como una preciosa ofrenda espiritual.

Habla el Padre

«En cuanto a la castidad, reconozco que esta es aquella preciosa virtud que Jesucristo, nuestro Señor, trajo a la tierra para entregarla como dote a sus ministros elegidos y a las almas afortunadas a las que Él llama misericordiosamente a la más íntima unión de amor, a través de la vida religiosa...

Reconozco que este voto es uno de los deberes más sagrados del sacerdote y del religioso, y que incluso el incumplimiento venial y voluntario de este voto emitido es el principio de un funesto relajamiento en todas las demás virtudes, de un enturbiamiento del intelecto, de debilitamiento de las fuerzas espirituales y de mayor osadía del demonio para redoblar sus tentaciones, y es un camino hacia la ruina total del alma. Por lo tanto, si no soy casto de alma y de cuerpo, de mente y de corazón, no seré humilde, no seré obediente, no seré veraz, no seré observante, ¡no seré ni religioso ni cristiano!...

Prometo contemplar siempre la excelencia y la importancia de la castidad, e implorar cada día y con fervor toda la ayuda del Santísimo Corazón de Jesús, de la Santísima Virgen Inmaculada, de los Ángeles, de los Santos y de mi Santo Ángel de la Guarda, para custodiar celosamente, inmune a la más leve mancha, la Santa Castidad... Declaro y prometo que me esforzaré con todas mis fuerzas, y hasta el último aliento de mi vida, por cultivar la castidad interna y externa. Para custodiar la Santa Castidad, amaré la mortificación, tanto del amor propio como de los sentidos» (cf. 5.^a Declaración, Constituciones, Roma 2010, pp. 174-177).

Segundo voto: Jesús «pobre», ejemplo de esencialidad

Al presentar el valor espiritual de la colecta, el apóstol Pablo se dirige a los corintios con las siguientes palabras: «Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8,9). Como tal, la pobreza describe la dramática condición de privación de los bienes necesarios, a nivel personal, familiar y comunitario. Son diversas las formas de pobreza que conocemos: desde la indigencia económica hasta la marginación social, desde la privación de las relaciones familiares y afectivas hasta las situaciones de enfermedad, soledad y vejez. El segundo voto que estamos llamados a vivir en el seguimiento de Cristo se traduce en la elección de hacernos pobres por el reino de los cielos.

Profundización bíblica

Desde el punto de vista bíblico, el tema de los pobres y de su socorro está ampliamente atestiguado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.¹² Tanto en el ámbito narrativo como en el normativo se reitera que Dios protege a los pobres y sale en defensa de los débiles (cf. Dt 15,1-15; Is 29,19). Las historias patriarcales (Jacob, José), el acontecimiento del Éxodo y las etapas posteriores de la historia de Israel confirman la constante benevolencia de *Yhwh* hacia los más desfavorecidos. La comunidad elegida está llamada a vivir el mismo amor solidario de Dios. En esta línea se inscriben las actitudes exigidas en favor de los necesitados que se recogen en la legislación mosaica (cf. Dt 24,10-15). En el libro de los Proverbios se pide al creyente que defienda al indigente (cf. Pr 22,22-23). Además del año sabático, que es objeto de un conjunto de disposiciones orientadas a la atención solidaria hacia los pobres (cf. Éx 23,10-12; Lv 25,6-7) y del año jubilar (cf. Lv 25,8-55), destacan las normas relativas a la hospitalidad y las prescripciones legales que imponen el reconocimiento de los derechos fundamentales: el derecho a la subsistencia (cf. Lv 19,20; 23,22), al respeto (cf. Éx 22,20-23; 23,9) y a la benevolencia (cf. Dt 10,19). Del mismo modo, el extranjero (hebr.: *ghēr*; gr.: *xenos*) que se encuentra en una situación de precariedad

¹² Cf. L. VARI, *Pobre*, en *Diccionario bíblico de la vocación*, 715-723; R. CANTALAMESSA, *Pobreza*, Ancora, Milán 2012. Para la familia rogacionista, Cf. CONGREGACIÓN DE LOS ROGACIONISTAS DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Constituciones*, art. 31-36.

económica debe ser acogido y ayudado, al igual que ocurre con las viudas y los huérfanos de Israel. En la oración de Israel se evoca la idea de saber ver en el pobre y en su sufrimiento la presencia de Dios. Retomando esta tradición, Jesús revela el amor preferencial por los pequeños y los desamparados. Son ellos quienes encarnan y dan testimonio de la bienaventuranza (cf. Lc 6,20) y en ellos hay que saber reconocer y servir al mismo Jesús (cf. Mt 25,40). Jesús de Nazaret eligió vivir entre la gente con sobriedad y sencillez. Su enseñanza advierte contra el uso egoísta de los bienes y las riquezas. A quienes desean seguirle por el camino de la misión, Jesús les confiesa que ni siquiera tiene «donde reclinar la cabeza» (cf. Lc 9,57-62). Quien está llamado al discipulado deja atrás sus seguridades (cf. Lc 5,11) para elegir una existencia «pobre» y compartida con el Maestro. De este modo, la condición de pobreza debe llevar a los creyentes a un compromiso fructífero orientado al servicio de la comunidad. La pobreza elegida libremente por el reino de los cielos no debe ceder al victimismo ni a la pasividad, sino que implica la confianza en la Providencia divina, vivida en un estilo de oración, de gratitud y de compartir con quienes carecen de lo necesario.¹³ «Hay más dicha en dar que en recibir» (Hch 20,35). De este modo, la Iglesia primitiva, con su pobreza, se convierte cada vez más en un signo de inclusión, de compartir y de esperanza que actúa entre la gente (cf. Hch 2,42-47; 4,32-35). Su existencia sencilla, fundada en la imitación de la pobreza de Cristo, se transforma en testimonio del Evangelio, dinamismo inclusivo, estilo de servicio (cf. St 2,1-13). En diversos pasajes de las cartas paulinas se reitera la excelencia de la pobreza evangélica, teniendo presente la advertencia dirigida a los ricos de que no se enorgullecen, sino que hagan el bien, se enriquezcan con buenas obras y estén dispuestos a dar y a compartir (cf. 1 Tim 6,18-19).

Aplicación espiritual

Seguir a Cristo en la vida consagrada significa aprender a conservar un corazón «pobre», desapegado de los bienes, abierto al compartir y a la fraternidad. Es bien conocida la tradición de la acogida fraterna, sobre todo de los necesitados, en las comunidades rogacionistas. El camino de los pobres es el que San Aníbal emprendió siguiendo el ejemplo de Jesús. La pobreza vivida en los primeros tiempos por el santo de Mesina, sobre todo hacia los pequeños y las personas frágiles, siempre ha encontrado respuestas providenciales que han superado las expectativas. Vivir el voto de pobreza por el reino de los cielos significa adoptar el mismo estilo de Jesucristo, abandonándose a la Providencia del Padre y confirmando la opción preferencial por los pobres, con la conciencia de que las obras que llevamos a cabo no pueden ser bienes de lucro, sino instrumentos de servicio al Evangelio.

¹³ Cf. P. CODA, *Pobreza*, en *Diccionario enciclopédico de espiritualidad*, vol. III, 1979-1989; L. DE CANDIDO, *Pobre*, en *Nuevo Diccionario de espiritualidad*, a cargo de S. DE FIORES - T. GOFFI, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1985, 1241-1259. Para el contexto rogacionista, cf. CONGREGACIÓN DE LOS ROGACIONISTAS DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Constituciones*, art. 37-43.

Habla el Padre

«En cuanto a la Santa Pobreza, declaro reconocerla como una perla preciosísima y como un fundamento sólido, no solo de mi vocación, sino de la existencia de todo el Instituto. Al consagrarme a este Instituto, pretendo consagrarme, con gran fervor de amor, a la Pobreza Evangélica, contemplándola en la Persona Adorable de Jesucristo, nuestro Señor, y de la Santísima Virgen, y tal y como la practicaron con santo entusiasmo los santos. La consideraré como fuente de inestimables tesoros celestiales, y creeré firmemente que, mientras este Instituto sea evangélicamente pobre y se gloríe de la Santa Pobreza, permanecerá firme e inquebrantable, y progresará día a día; pero si se descuida en el amor y en la práctica de la Santa Pobreza, irá a la ruina y a la disolución... Por lo tanto, estaré muy atento para no caer en la inobservancia de la Santa Pobreza... Con la ayuda del Señor y con buena voluntad, prometo, en lo que se refiere a la teoría, en caso de controversia, discusiones o interpretación de puntos de la Regla, d decantarme siempre por la interpretación más estricta de la pobreza evangélica; y en cuanto a la práctica, prometo abrazar la Santa Pobreza en todas sus manifestaciones... Prometo que amaré la Santa Pobreza en todas sus incomodidades por amor a Jesús, mi Señor, pobre y sufriente. Por lo tanto, me conformaré si me falta algo que no pueda tener, y sufriré en paz esa privación. En cambio, me alegraré si me toca tener una habitación humilde, ropa sencilla, comida frugal y cualquier otra cosa... Rogaré siempre al Señor que me conceda el espíritu de la Santa Pobreza» (cf. 5.^a Declaración, Constituciones, Roma 2010, pp. 169-171).

Tercer voto: Jesucristo «obediente», ejemplo de plena conformidad con la voluntad del Padre

El don de la «obediencia» por el reino de los cielos¹⁴ debe considerarse una de las formas más elevadas de libertad, de unidad y de comunión eclesial, siguiendo el ejemplo de Jesucristo. El ejercicio del voto de obediencia implica al menos tres elementos: la capacidad de escuchar, el respeto en el diálogo y la disposición a colaborar. Se comprende bien cómo la obediencia vivida en su dimensión activa y colaborativa implica un alto grado de madurez humana y espiritual.

Profundización bíblica

Desde el punto de vista bíblico, la obediencia se presenta en múltiples contextos narrativos que revisten un valor simbólico y ejemplar.¹⁵ El fundamento del acto de obedecer está vinculado al reconocimiento de la potestad soberana de Dios creador, que se realiza a través de la «fe». Es necesario remontarse precisamente al

¹⁴ Cf. T. GOFFI, *Obediencia*, en *Diccionario enciclopédico de espiritualidad*, vol. II, 1739-1743; R. CANTALAMESSA, *Obediencia*, Ancora, Milán 2014. Para el contexto rogacionista, cf. CONGREGACIÓN DE LOS ROGACIONISTAS DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Constituciones*, art. 44-47.

¹⁵ Cf. P. L. FERRARI, *Obediencia – voluntad de Dios*, en *Diccionario bíblico de la vocación*, 616-623.

acto creador con el que Dios expresa su dominio sobre el mundo y la historia (cf. Jer 27,5) para comprender la idea de que toda criatura está llamada a obedecer al Señor (cf. Jdt 16,14), mostrándole confianza y gratitud (cf. Sal 119,73). En particular, el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, debe poder reconocerse como destinatario de una relación especial, en la que se conjuga la grandeza del Creador con la respuesta obediente de la criatura. Ya desde los relatos del Génesis, a la obediencia se contrapone la desobediencia del hombre al mandato divino (cf. Génesis 3, 1-24). El ejercicio de la libertad está estrechamente vinculado a la respuesta que el ser humano da al Creador. Su desobediencia (el «pecado original») tiene consecuencias dramáticas para la condición del hombre en el mundo. La historia de la salvación se articula en torno al ejercicio de la virtud de la obediencia. En esta perspectiva se sitúa la figura de Abraham, presentado como ejemplo del creyente cuya fe se expresa sobre todo como seguimiento obediente a Dios (cf. Génesis 12-25). Siguiendo los pasos de Abraham, avanza toda una multitud de creyentes que, a lo largo de los acontecimientos que marcan las etapas de la historia bíblica, han hecho de la escucha obediente al Señor una razón de vida. La obediencia que *Yhwh* exige al pueblo de la alianza se plasma en la aceptación y la observancia de la Ley (*Torá*). La fe y la obediencia caracterizan a las mujeres y los hombres de la Biblia, sobre todo a los personajes que luchan por la justicia oponiéndose a la lógica de la violencia y la injusticia. Destaca, entre todos, la figura del «siervo sufriente de *Yhwh*», que escucha la palabra de Dios, vive en la justicia y entrega su vida en rescate de su pueblo (cf. Is 50; 52-53). El hombre sabio es aquel que sabe escuchar la palabra del Señor y obedece sus preceptos (cf. Pr 19,27-28). Del mismo modo, a lo largo de su misión, Jesús invita al pueblo a escuchar la predicación, que es como una «semilla» sembrada en tierra buena para que dé fruto (cf. Mc 4,1-9). Al igual que quien construye su casa sobre la roca, la persona que escucha y acoge las palabras del Señor permanece a salvo en los momentos de crisis. Por el contrario, el desobediente no resistirá cuando lleguen las pruebas y las dificultades (cf. Mt 7,24-27). El ejemplo supremo de obediencia a Dios lo representa Jesucristo, quien eligió encarnarse en el mundo y, como «siervo», aceptó morir en la cruz (cf. Fil 2,6-8). Su obediencia vicaria fue acogida por el Padre, quien lo resucitó y le otorgó el nombre de «Señor», colocándolo a su lado en la gloria (cf. Fil 2,9-11). El autor de la Carta a los Hebreos destaca el ejemplo de Cristo, que obedeció en todo a la voluntad del Padre ofreciéndose a sí mismo por la salvación de la humanidad; Él, «aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer» (Heb 5,8). El estilo de la obediencia en las primeras comunidades cristianas se desarrolla en un contexto «doméstico» (*domus ecclesia*), caracterizado por el carácter ministerial, el servicio y la docilidad en la maduración de la conciencia. Cada creyente ejerce su obediencia a Dios en Cristo y reconoce en el hermano la autoridad y la dignidad que le son propias. El apóstol Pablo subraya la importancia teológica de la obediencia de la fe, entendida como un camino de escucha, de acogida del Evangelio y de interiorización. Vivir la obediencia significa adherirse a Jesucristo y a su Evangelio, difundido a través de la enseñanza apostólica (cf. Hch 6,7; Rom 6,17; 10,16; 2 Tes 1,8; Heb 5,9). El creyente vive activamente la obediencia a Dios y a la Iglesia acogiendo el don de la verdad (Gál 5,7; 1 Pe 1,22) y custodian su riqueza. La adhesión a la fe se traduce en un compromiso

moral, que implica el deber del diálogo y del respeto recíproco, en la conciencia del papel de la autoridad competente. La obediencia se recomienda en el ámbito de la vida familiar (Col 3,20; 6,1-3), en particular entre los cónyuges (cf. Ef 5,22; Col 3,18) y en el ministerio eclesial (cf. Fil 2,12; Heb 13,17). Se extiende a los ámbitos sociales (Rom 13,1-7) y debe favorecer una cultura de reconciliación y de valorización de cada persona.

Aplicación espiritual

Vivir el voto de obediencia significa abrir el corazón para acoger y colaborar con quienes sirven en la Iglesia ejerciendo la autoridad que el Señor les ha conferido. En este sentido, la obediencia representa una dimensión fundamental de la espiritualidad del consagrado, llamado a crecer en la libertad y en la corresponsabilidad. Al reconocer en los superiores la expresión de la paternidad de Dios, nos ponemos a la escucha de su palabra y seguimos el ejemplo de Cristo, que se hizo obediente hasta la muerte en la cruz (Fil 2,8). La eficacia de la obediencia se manifiesta en la capacidad generativa (y no destructiva) de las relaciones eclesiales, sobre todo cuando se viven situaciones de dificultad y de crisis de autoridad.

Habla el Padre

«En cuanto a la Santa Obediencia, declaro reconocer que esta virtud conforma la vida y la existencia de todo instituto religioso, y puesto que todo el orden natural subsiste porque los elementos obedecen a las leyes establecidas por la Divina Voluntad, y si pudieran desobedecer a esas leyes, todo el Creado se disolvería en un instante, así reconozco que sin la obediencia perfecta y fiel, una casa religiosa no podría existir, porque le faltarían los medios naturales y sobrenaturales de su existencia. Reconozco firmemente que la Santa Obediencia es una virtud de perfecta santificación y de perfecta unión con Dios, pues al obedecer a los superiores y a las reglas, se cumple perfectamente la Voluntad del Altísimo.

Reconozco que la Santa Obediencia religiosa es el camino más cierto, seguro y breve para alcanzar la gran perfección, y que una casa religiosa en la que todos obedecen religiosamente es un Reino de Dios en la tierra. Reconozco que la humilde obediencia es la perfecta imitación de Jesucristo, nuestro Señor, quien se comprometió a cumplir siempre la voluntad de su Padre (cf. Jn 4, 34; 14, 31), y se hizo obediente hasta la muerte en la cruz (cf. Fil 2,8), y que el alma obediente, por este camino, se transforma en Jesucristo... Me esforzaré con todas mis fuerzas, incluso imponiéndome a mí mismo, por obedecer en todo y en todos los aspectos a mis superiores y a nuestras reglas o constituciones...

Prometo que mi obediencia se basará en motivos sobrenaturales, es decir, que en la persona de los superiores veré la persona del mismo Jesucristo, y obedeceré por amor a Dios, para complacer al Santísimo Corazón de Jesús, para santificarme y salvarme, y para dar buen ejemplo a los demás...

Rezaré cada día al Adorable Corazón de Jesús para que me haga perfectamente obediente» (cf. 5.ª Declaración, Constituciones, Roma 2021, pp. 171-174).

Cuarto voto: Jesús, «maestro» de la oración del *Rogate*

El don de la «oración del *Rogate*»¹⁶ constituye el valor característico de la identidad rogacionista y de su misión eclesial. En él se resume y se encierra el dinamismo de la oración por las vocaciones, acompañado del compromiso de caridad, al servicio de la «gran mies» que implica el envío de buenos obreros. La singular petición de Jesús a los discípulos en Mt 9,37-38; Lc 10,2 fue tan importante para san Aníbal que se convirtió en el «corazón palpitante» del testimonio que toda la familia rogacionista sigue ejerciendo en la Iglesia y en el mundo. El carisma concedido al fundador se traduce en el cumplimiento del cuarto voto,¹⁷ «con el que nos comprometemos a orientar y ofrecer al Señor de la mies nuestra vida y todas las obras que conforman el patrimonio espiritual y apostólico del Instituto».¹⁸

Profundización bíblica

La petición del *Rogate* se inscribe en el contexto de la actividad apostólica de Cristo narrada en los evangelios según la doble tradición de Mateo y Lucas.¹⁹ Podemos señalar los aspectos más significativos del mensaje evangélico del *Rogate*. En primer lugar, hay que tener en cuenta el contexto en el que aparece la invitación de Jesús a orar. En Mt 9,37-38 se presenta la actividad apostólica de Jesucristo, quien «recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 9,35; cf. 4,23). La pasión apostólica descrita en el resumen de Mateo se une a la «compasión amorosa» (*esplagchnisthe*) que Jesús siente al ver a las multitudes «extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). El eco de la tradición del Antiguo Testamento es claro: el cumplimiento de la promesa mesiánica se realiza a través del amor paterno-materno de Dios por su pueblo, de manera similar a la imagen del pastor que cuida de su rebaño y lo guía hacia pastos de vida (cf. Sal 22,2-3). Los discípulos no deben ignorar que el rebaño se ve amenazado por la presencia de lobos y mercenarios (cf. Mt 10,16). Dios no abandona a su pueblo (cf. Sal 36,28; 2 Mac 6,16), pero exige la participación de la comunidad de discípulos tanto en la oración (9,38) como en la posterior elección y misión apostólica (Mt 10,1-5a). La invitación de Jesús de Nazaret se sitúa en el corazón del dinamismo del reino mesiánico, llevando a cumplimiento las promesas y las invocaciones atestiguadas desde el Antiguo

¹⁶ Cf. CONGREGACIÓN DE LOS ROGACIONISTAS DEL CORAZÓN DE JESÚS, *La Regla de Vida Rogacionista: expresión de la consagración, garantía de la identidad carismática, apoyo de la comunión fraterna, proyecto de la misión*. Documento del XI Capítulo General, Roma 2010; Ídem, *Al ver a las multitudes, sintió compasión por ellas y dijo: «Rogad». Nuestra identidad carismática ante los retos de hoy*, Documento del XII Capítulo General, Roma 2016.

¹⁷ Cf. CONGREGACIÓN DE LOS ROGACIONISTAS DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Constituciones*, art. 28; 48-49.

¹⁸ *Ibid.*, n.º 49.

¹⁹ Cf. G. DE VIRGILIO, *Rogate*, en *Diccionario bíblico de la vocación*, 804-820.

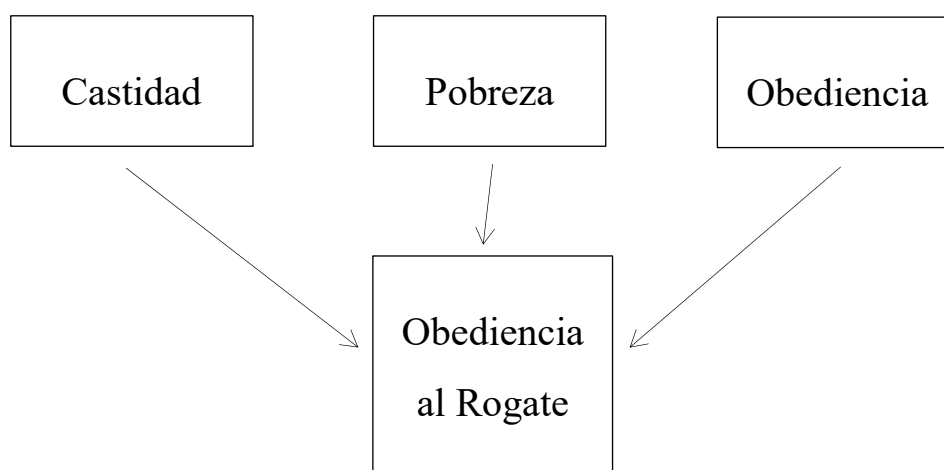
Testamento: el Éxodo, la predicación, la acción taumatúrgica de Jesucristo y su amor compasivo por la humanidad culminan en la oración vocacional del *Rogate*, a la que sigue la elección de los apóstoles y su primer envío a las ciudades que hay que evangelizar (cf. las instrucciones misioneras en Mt 10,5-42). La invocación vocacional debe interpretarse como dinamismo impulsor, mediación espiritual y fuerza misionera recomendada por Jesús a los Doce y reelaborada en la vida de la comunidad pascual. El «dicho» del Señor en Mt 9,38 expresa, mediante la elocuente metáfora agrícola de la cosecha y los trabajadores, la tensión temporal y espacial entre la abundancia de la cosecha madura que pide ser segada de inmediato (sin demoras ni distracciones) y la escasez de obreros. La invitación a «rogar al Señor de la mies» para que mande trabajadores a «su» mies «manifiesta la voluntad de Cristo de involucrar a los discípulos en su propia misión: el milagro, en cierto sentido, está en nuestras manos, en la medida en que sepamos dedicar lo que Dios desea a su obra de salvación. Ir, enseñar, predicar y sanar culminan y se resumen en el acto de «rogar al Señor de la mies». El Hijo pide a los discípulos, antes de elegir a los Doce y conferirles el poder de los signos (Mt 10,1), ante todo: «Rogad al Señor de la mies». El imperativo de la oración dirigida a Dios, a quien pertenece la mies, pone de relieve la dimensión trinitaria y cristológica del cumplimiento del Reino, al que los creyentes están llamados a participar. La oración del *Rogate* está estrechamente vinculada al «misterio del Reino», del mismo modo que la oración del «Padre nuestro» ilumina la nueva relación de los creyentes con Dios «Padre» (cf. Mt 6,5-15). Se encuentran contenidos similares en el pasaje paralelo de Lucas, que sitúa la petición en la dimensión misionera de los discípulos enviados a anunciar la inminencia del Reino (cf. Lc 10,2-3). En la economía de la revelación evangélica, la oración del *Rogate* adquiere una importancia primordial: es signo de reconocimiento y de confirmación de que todo el proyecto de la salvación proviene de la voluntad libre y suprema de Dios, mediante la cual se sintetizan la llamada y la misión de los creyentes en la historia. En definitiva, la vocación es, en su esencia, fruto de la inefable iniciativa divina, en la que se inserta la corresponsabilidad del creyente, llamado a «implorar» el don de los misioneros y a compartir la pasión por el destino de la humanidad. La venida de Cristo representa el «cumplimiento del tiempo mesiánico» del que el *Rogate* es expresión: la abundante cosecha del mundo está madura (cf. Jn 4,32-38; Ap 14,15), el tiempo de la espera ha llegado a su fin, la invocación vocacional debe caracterizar la condición espiritual permanente de cada creyente, que se convierte «en Cristo» en protagonista activo del Reino al vivir su propia y específica vocación y misión.

Aplicación espiritual

Cumplir el cuarto voto, con el que nos comprometemos a vivir plenamente la compasión de Cristo por las multitudes y a «rogar al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» significa entrar en plena comunión con el corazón de Cristo. Al igual que vivió san Aníbal, también nosotros seguimos su ejemplo, acogiendo con gratitud el carisma rogacionista. El voto nos permite entrar en la circularidad trinitaria que nos hace participar del dinamismo vocacional expresado por el Señor

Jesús a lo largo de su misión. Somos conscientes de la riqueza espiritual del *Rogate*. En él podemos distinguir seis dimensiones: a) la dimensión trinitaria, en la medida en que estamos llamados a colaborar en el misterio del Reino con el envío de «buenos trabajadores»; b) la dimensión cristológica, que caracteriza nuestra fe en el cumplimiento del tiempo mesiánico; c) la dimensión soteriológica, que se expresa en la invitación a acoger el Reino y a vivir la compasión por la salvación; d) la dimensión eclesiológica, que nos permite percibir en el *Rogate* la «oración de la Iglesia» por el mundo; e) la dimensión antropológica, en la que estamos junto a cada persona, sobre todo a quienes se encuentran en el sufrimiento y la prueba; f) la dimensión escatológica, que proyecta la invocación vocacional en la perspectiva del fin de los tiempos y la abre al horizonte de la bienaventuranza eterna. Vivir cada día el *Rogate* significa para nosotros compartir el misterio de Dios y del hombre, del pasado y del futuro, la contemplación y, al mismo tiempo, la acción del servicio y la entrega de uno mismo al Señor.

Podemos resumir esquemáticamente el don de los cuatro votos en el siguiente cuadro:



Habla el Padre

«Declaro haber sentido una vocación especial por este piadoso Instituto y haberlo elegido, no solo porque se ha consagrado a las más bellas obras de caridad, tanto espirituales como temporales — es decir, el rescate de los huérfanos abandonados y la evangelización y el socorro a las clases pobres y desamparadas, no solo por mis motivos especiales, sino porque, tal vez como único en la Santa Iglesia, se ha consagrado a la sublime misión de aquella Palabra Divina del Evangelio: «*Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*»; imponiéndose por voto la obediencia a este mandato del Divino Celo del Corazón de Jesús, es decir, la oración diaria para obtener buenos trabajadores para la Santa Iglesia, y la propagación incansable y activa de la misma por todo el mundo, bajo el nombre de Rogación Evangélica del Corazón de Jesús. Declaro, pues, reconocer que de la fiel obediencia a

este Mandamiento Divino y de la propagación universal de esta Rogación evangélica podrán derivarse inmensos beneficios para toda la Iglesia y para todos los pueblos; lo cual puede servir para inclinar la mirada misericordiosa de Su Divina Majestad hacia este humilde Instituto, de modo que cada uno de sus miembros, ya sean antiguos o nuevos, esperemos con buena voluntad y con la ayuda de la gracia divina, a corresponder dignamente a nuestra particular vocación» (2.^a Declaración, Constituciones, Roma 2010, págs. 162-163)

Conclusión

La entrega del *Rogate* y el ejercicio de los cuatro votos nos permiten comprender nuestra singular participación en la difusión del reino. Aunque Dios es el origen de la salvación y la fuente de toda vocación, Él quiere que cada hombre sea corresponsable de la elección y del envío de los «buenos trabajadores» a su mies. Somos testigos de esta gracia celestial y nos sentimos responsables de un mandato que se realiza a través de nuestro «Sí» al don de Dios. Tanto la evangelización como el servicio a los pobres nos hacen vivir cada vez más nuestra vocación y misión.

Teniendo como modelo a la Virgen María, madre del *Rogate*, caminamos hacia el año jubilar de San Aníbal, con la alegría y la esperanza que María expresó en el canto del Magníficat. Así concluye el papa León su primera encíclica:

« La Virgen María no sólo nos enseña a ver la obra invisible de Dios, sino que dirige también nuestra mirada «a los puntos de fractura de la humanidad, allí donde se produce la distorsión del mundo, en el contraste entre humildes y poderosos, entre pobres y ricos, entre sacios y hambrientos», enseñándonos «a adquirir un punto de vista diferente para mirar el mundo desde abajo, con los ojos de quien sufre, no con la óptica de los potentes; para ver la historia con la mirada de los pequeños y no con la perspectiva de los poderosos; para interpretar los acontecimientos de la historia desde el punto de vista de la viuda, del huérfano, del extranjero, del niño herido, del exiliado, del fugitivo». De esta manera, la Virgen se convierte en «poetisa y profetisa de la redención», porque de sus labios brota «el himno más fuerte e innovador que jamás se haya pronunciado, el Magníficat; es ella quien revela el diseño transformador de la economía cristiana, el resultado histórico y social, que aún hoy deriva del cristianismo su origen y su fuerza».²⁰

Roma, 6 de agosto de 2026
Aniversario de la Aprobación Canónica
de la Congregación, Messina 1926

P. Bruno Rampazzo, R.C.J.
Padre General

²⁰ LEÓN XIV, *Magnifica Humanitas*, n.º 244.